

CAPITULO X.

Amor del prójimo.

No hay niño que no demuestre cariño á algunas personas, y es cosa fácil el captarse la amistad de los niños. Mas esto no es sino una inclinación natural muy lejos del amor del prójimo, mandado por la ley Divina.

El perro también es susceptible de cariño para con su amo y se lo demuestra por medio de caricias y saltos en cuanto le vé; pero este mismo animal, si llega á pasar un mendigo extraño, le perseguirá con sus ladridos y tratará de morderle.

El amor que se debe inspirar á los niños, debe ser un amor cristiano, es decir, que abraza á todos los hombres sin excepción, pues que todos son hijos de Dios. Esto no quiere decir que los niños no deben tener más cariño á sus padres y parientes que á los extraños, mas ellos deben ser *amables y bondadosos* con todo el mundo, y no alimentar ningún sentimiento de enemistad para nadie. No toleraréis que los niños se den unos á otros nombres injuriosos y se ofendan con chanzas pesadas. Pero sobre todo, no destruyáis en ellos los sentimientos de benevolencia y afecto, criticando en su presencia la conducta del prójimo, ni mucho menos de sus padres.

Cuidáos en vuestras conversaciones con otras personas, delante de ellos, de manera que nunca oigan palabras mal intencionadas ó burlonas. No os detengáis con ellos jamás en los sitios en que algunos disputen ó se injurien.

Los niños que creen que otros les son preferidos y reciben más regalos que ellos, caen fácilmente en el pecado de *envidia*. Al primer síntoma de esta deplorable disposición, referidles la historia de Caín y Abel ó la de Saúl y David, y explicadles que lo que caracteriza al demonio, es sobre todo, la envidia. Hacedles el deber de rezar un *Padre Nuestro* cada vez que sientan un sentimiento de envidia contra el prójimo, ó bien cuando se alegren al ver sufrir de un accidente ó de un mal cualquiera. Si un niño se queja de que otro le ha ofendido, decidle que reze un *Padre Nuestro* por el que le ofendió ó lastimó, para que se corrija. Debéis igualmente velar de que los niños sean complacientes y obsequiosos con todo el mundo. Aunque los servicios que pueden prestar los niños sean generalmente de poca importancia, son para ellos nada menos que las ocasiones de practicar el amor del prójimo, virtud siempre agradable á Dios y á los hombres.

Todo niño cristiano debe, á semejanza de Jesús, crecer en amabilidad delante de Dios y de los hombres y lo conseguirá si se muestra en toda circunstancia afable, complaciente y servicial. Los niños deben de mostrar una solicitud particular y afectuosa por sus hermanitos menores ayudándoles en cada oca-

sión que se presente. Es también un punto importante acostumbrar á los niños á la *gratitud*.

Les ayudaréis á adquirir esta virtud que echará profundas raíces en su corazón si les recordáis con frecuencia que Dios es el autor de las perfecciones que admiramos en las criaturas y que El es el que les colma todos los días de nuevos beneficios, conservándoles la vida y la salud, y asegurándoles, por medio de sus padres, el alimento, el vestido y la habitación.

Cada vez que un niño reciba un regalo ó una muestra de cariño, no dejéis de recordarle á quién lo debe, y que debe ser agradecido y dar las gracias.

Lo menos que se puede exigir de un niño en semejantes ocasiones, es que se acostumbre á dar espontáneamente las gracias. Los niños deben mostrar su gratitud á las personas de quienes reciben favores y, si no pueden por otros medios, á lo menos rezando por ellos.

Enseñadles, en fin, á considerar á sus padres y á sus bienhechores como los representantes de la Divina Providencia, encargados por ella de dispensarles toda clase de bienes.

Por este medio, se volverán agradecidos no sólo á sus padres y bienhechores, sino aun y sobre todo á Dios, primer autor de todo don y de todo beneficio.

CAPITULO XI.

Compasión.

Lo más frecuente es que los niños tengan muy poco discernimiento para comprender las penas y sufrimientos del prójimo y compadecerlas.

En vos está el hacer nacer y desarrollar en ellos esta bella virtud. Es preciso con este fin, contarles y en la misma ocasión mostrarles cómo se ha de compadecer á los pobres en su miserable condición. A unos, les diréis, les faltan zapatos y tienen que andar con los pies desnudos, aun en lo más crudo del invierno; otros no pueden venir el domingo á la iglesia porque no están suficientemente cubiertos; muchos niños no reciben nunca un regalo ni aun en Noche Buena porque sus padres son muy pobres; en otra parte una pobre madre de familia está llena de inquietud, porque no sabe cómo asegurar á sus hijos el alimento para el día siguiente. Enseñadles á conocer desde pequeños la suerte infeliz de los pobres, así serán compasivos y les darán voluntariamente aquello de que puedan disponer. Por ejemplo, no vacilarán en privarse de una parte de su comida, de un pedazo de pan ó de cualquiera fruta, para dárselo al desgraciado que implora su

socorro. Inspiradles vos misma, el pensamiento de imponerse algunos sacrificios en favor de los pobres.

Podéis seguir con éxito, una conducta análoga para hacer á los niños compasivos con los enfermos. Dadles una idea de lo que sufre un enfermo. La dureza ó insensibilidad de los niños proviene de su inexperiencia y ligereza. Es nuestro deber despertar su sensibilidad y compasión, explicándoles la triste situación de un enfermo que pasa sus noches sin sueño ni reposo, el cuerpo atormentado por la enfermedad y el alma oprimida de tristeza. Estas reflexiones les animarán á estar muy quietos en presencia de un enfermo y desear procurarle algún alivio. Cuando un niño se ríe ó se burla de alguna persona estropeada ó afligida de alguna deformidad, decidle que esa falta de caridad vuelve á su alma más fea que lo que está el desgraciado objeto de su burla. Añadid que, si no se corrige, su alma, desfigurada por el pecado, será un día rechazada por Dios y arrojada á las llamas eternas.

Pero tened sobre todo cuidado de ser vos misma bondadosa y compasiva, sobre todo con los niños. Con frecuencia, una cosa de nada causa á estos pequeñitos un vivo pesar.

No debéis en este caso reiros de ellos y menos regañarles. Al contrario, esforzáos en apaciguarles y consolarles. Así tendrán ellos mismos ocasión de ver cuánto endulzan la compasión, y la simpatía, nuestras penas y sufrimientos. Los animales no son tan sensibles al dolor como el hombre; pero sin em-

bargo, están dotados de vida y de sensibilidad, y Dios, que los ha creado y les conserva la existencia, no quiere que se les haga sufrir inútilmente. No debéis jamás permitir á los niños que maltraten á un animal, como si fuese un juguete de madera, privado de sensibilidad. Si se trata de destruir un animal peligroso, que se mate pronto y sin divertirse en atormentarlo. Prohibid á los niños que les peguen á los animales, les den patadas ó les arrojen piedras. Si un niño arranca las patas á un insecto ó le pisa la cola á una lagartija, decidle que estos animalitos no pueden gritar; pero que no por eso sufren menos y que su Creador es testigo del mal trato de que son las víctimas.

Enseñad á los niños este texto de la Biblia:

“¡Oh mi Dios, vos amáis á todos los seres que existen y no habéis creado á ninguno para aborrecerlo!”

Además, es preciso no pecar cayendo en el exceso contrario. Se encuentran gentes que quieren tanto á su perro, á su gato ó á cualquier animal doméstico, que le dan el mejor alimento y lo tratan mejor que á sus criados. Si notáis esta disposición en los niños, es necesario reprenderles, diciéndoles que todos los animales juntos tienen delante de Dios, infinitamente menos precio que el más infeliz mendigo. No toleréis, que los acaricien mucho, por ejemplo, que besen á los perros y los lleven en brazos.

CAPITULO XII.

Obediencia.

Aquel que tiene la misión de instruir y educar á los niños, debe exigir antes que todo, que le sean sumisos; pues con niños desobedientes, no recogería por fruto de sus cuidados y de sus penas, más que fastidios y pesares. Pero la mayor parte de las personas ignoran el modo de hacerse obedecer. Amenazar, regañar y aun pegar, todo esto no basta. ¿Queréis que los niños os sean sumisos? tratad antes que todo de inspirarles respeto y cariño. Mostráos siempre con ellos bondadosa y firme. Un lenguaje claro y preciso, sin cólera ni irritación, produce mucho efecto en los niños.

Sería todo lo contrario, si los reprendéis sin cesar y por la menor falta les amenazáis con recurrir á la autoridad de sus padres. Jamás os haréis obedecer así. No séais muy severa, al contrario, dadles en las cosas indiferentes cierta libertad.

Mandad solamente cuando se trata de un deber que cumplir, por ejemplo el rezar las oraciones de la mañana y de la noche. No prohibáis más que lo que es realmente culpable y peligroso, por ejemplo, darse nombres injuriosos, jugar junto á un caballo espanta-

dizo, ó junto á un pozo profundo. Dad pocas órdenes, mas sostened las que habéis dado, no omitiendo medio alguno para hacerlas cumplir, empleando aun la fuerza, si fuere necesario.

Que las solicitudes y los ruegos de los niños no os hagan conceder lo que habiais negado: perderíais su respeto y comprometeríais vuestra autoridad, porque creerían que arregláis vuestra conducta conforme á vuestros caprichos. No se puede castigar á los niños por cada desobediencia; pero hay padres tan ciegos que no permiten que se les haga la menor corrección á sus hijos. En todo caso, guardaos de pegarles: un pescozón ó una bofetada, dada imprudentemente, en un momento de cólera, puede comprometer su salud y hasta su vida. Sería también un mal ejemplo para ellos, si les tratáis con rudeza y les dáis nombres injuriosos. La cólera y la violencia en vuestros modales y palabras os quitarían su estimación y no os obedecerían sino con repugnancia.

Para ciertos niños, será un castigo suficiente, el no dirigirles la palabra cierto tiempo y conservar con ellos un aire grave. Este medio será muy eficaz para los niños que tienen arrebatos de ira durante los cuales se ponen insoportables por la violencia y grosería.

Debéis hacer que los niños sean sumisos, no solamente con vos, sino con sus padres y con las otras personas de la casa. La obediencia es una virtud á la que se necesita acostumbrarles desde pequeños. Los niños que se rehusan á obedecer á las personas que

tienen autoridad sobre ellos, no obedecerán más tarde ni á Dios, cuando lleguen á ser hombres. Habladles frecuentemente del placer que causan á Dios siendo obedientes. Decidles que el pecado y todos los males que son su castigo, provienen de la rebeldía de los ángeles malos y de la desobediencia de Adán y Eva. Demostradles también cómo el Divino Salvador ha sido obediente desde su tierna infancia hasta el cruel suplicio de la cruz, y que es por esta obediencia con la que nos ha merecido el socorro y las gracias necesarias para ganarnos el cielo, si le imitamos en la práctica de esta preciosa virtud. Cuidad de no perder el efecto de vuestras exhortaciones á la obediencia, dándoles vos misma el ejemplo del vicio contrario, no ejecutando con empeño las órdenes de vuestros amos, sino al contrario, criticándolas. Por la misma razón, no habléis jamás, delante de los niños, de los defectos é injusticias de sus padres, lo que destruiría en ellos el respeto y el amor filiales, en tanto que vuestro deber es el atraerles siempre á la práctica del cuarto mandamiento de la ley de Dios.

CAPITULO XIII.

La piedad.

Suponiendo que hubiéseis llegado á hacer á un niño dócil, servicial y afectuoso, todavía le faltaría la virtud principal, si hubiéseis descuidado el instruirle en las perfecciones de Dios y del culto que le debemos. ¿El hombre no ha sido creado por Dios y destinado para conocerle, amarle y encontrar su felicidad en servirle? Sí. Todos nuestros pensamientos, palabras y acciones, por laudables que parecen á los ojos del mundo, carecen de mérito á los ojos de Dios, si no tienen su gloria por objeto.

Es, pues, un deber sagrado el inspirar á los niños el temor y el amor de Dios. La piedad que les enseñéis, aumentará y asegurará su obediencia hacia vos. Si los padres son indiferentes en materia religiosa, redoblad vuestro celo para inspirar á los niños el amor á la virtud y á la piedad. El sacramento del Bautismo deposita en el alma de los niños un principio de santidad y los atrae á la piedad. Pero lo mismo que una semilla puesta en tierra, tiene necesidad, para germinar y desarrollarse, de la acción benéfica del sol y de la lluvia, del mismo modo el espíritu de piedad en los niños debe ser excitado y alimen-

tado por los buenos ejemplos y discursos edificantes. Que sea frecuentemente el asunto de vuestras conversaciones con ellos, la bondad y el poder de Dios, así como la dulzura y misericordia de N. S. Jesucristo. Aprovechad las circunstancias que pueden sugerir el pensamiento de una ú otra perfección Divina. Así, por ejemplo, el estruendo de una tempestad, la vista de un árbol majestuoso os darán ocasión de hablar de la omnipotencia del Creador. Otras veces, á la vista de hermosas flores ó de otros objetos que les gusten, decidles que Dios es el autor, pero que Él es infinitamente más hermoso. Les haréis apreciar la bondad de Dios, demostrándoles que todos los bienes de que gozan, provienen de Él, sea directamente, ó por medio de sus padres ó bienhechores, que son los instrumentos de su Providencia. El espectáculo de la bóveda celeste os ayudará á darles una idea de la majestad de Dios, que habita á una altura infinita, un lugar de una magnificencia indescriptible, en donde recibe la adoración de millares de ángeles más bellos y más brillantes que las estrellas. Cuando véáis pasar un cortejo fúnebre, aprovechad esta circunstancia para hablarles de la santidad de Dios y de que todos los hombres están sujetos á la muerte, consecuencia del pecado original, que ahora mismo el que pierde la vida en estado de pecado mortal, es arrojado al fuego del infierno, porque Dios detesta el pecado y lo castiga de una manera terrible. Los niños concebirán una idea de la ciencia de Dios, si les decís que Él sabe todo lo que se hace y se dice, y lleva

una cuenta tan exacta, que conoce hasta las más insignificantes palabras pronunciadas por un hombre durante su vida.

Obligad á los niños cuando se les haga un regalo ó se les proporcione algun placer, á dar gracias á Dios.

Hacedles comprender, que sus padres son como dos manos de las que Dios se sirve para distribuirles el alimento, los vestidos y multitud de otros bienes.

Una persona piadosa quería un día demostrar á su ahijado, de 6 años de edad, que todo lo que tenía debíalo á la bondad de Dios.

—“Oh! no es así, repuso el chico,—mi vestido nuevo, mamá me lo dió. Compró el género en casa de un comerciante judío. Mi padre le había suministrado el dinero. El mismo “había recibido ese dinero en pago de un “trato que pintó.” El niño hubiera tenido otro lenguaje, si se le hubiese enseñado que el pintor había recibido de Dios sus ojos, sus manos, su inteligencia y su talento.

Citad de cuando en cuando á los niños los hechos de la vida de N. S. Jesucristo, por ejemplo, que ha querido descender del cielo y sufrir por nuestros pecados. Hay tantas ocasiones de hablar á los niños de nuestro buen Salvador: Un crucifijo delante del cual pasáis, el sonido de las campanas llamando á los fieles á la iglesia los domingos y los días de fiesta, el santo sacrificio de la misa al cual habéis asistido con ellos. Acostumbradles á no pasar delante de un crucifijo ó de una iglesia, sin dar señales de respeto. Hacedles recitar una pequeña oración, cuando suena el

Angelus. Cuidad también de que observen el segundo mandamiento, no permitiéndoles que pronuncien en sus juegos, el santo nombre de Dios.

Tened un cuidado especial de que observen en las ceremonias y en los ejercicios de piedad una postura respetuosa y un porte serio. Cuando rezen sus pequeñas oraciones en la iglesia, se debe, entonces sobre todo, recomendarles no vuelvan sus miradas en torno de ellos, sino que se arrodillen, y juntas sus manecitas, pronuncien las palabras de la oración, lenta y distintamente. Dadles vos misma el buen ejemplo en este punto.

En fin, recordad con frecuencia á los niños que Dios está presente en todas partes. Este pensamiento será igualmente útil para disipar el miedo que sienten cuando se quiere que se acuesten ó permanezcan solos en un cuarto. Decidles entonces que Dios está cerca de ellos que no deben temer nada de parte de los espíritus malos, porque todos están sujetos á su poder, no pudiendo moverse ni mostrarse sin su permiso.

Hablad también frecuentemente á los niños, de la Santa Madre de Dios, mostradles su imagen, enseñadles el *Ave Maria* ó algunas oraciones cortas en su honor, á fin de que desde pequeños amen á esta buena madre, la honren, la invoquen y merezcan así su preciosa protección.

Enseñadles también que cada quién tiene un ángel guardián, á quien causan alegría ó pena, según se conduzcan, bien ó mal. Rezad diariamente con ellos; pero cortos mo-

mentos y varias veces, y hacedles aprender algunas oraciones pequeñas. Cuando oréis delante de ellos, que vuestra actitud recogida, vuestra pronunciación lenta y grave les muestren con qué veneración nos debemos dirigir á Dios.

Decidles que deben siempre orar con atención por estar en la presencia de Dios, que nos oye y vé el fondo de nuestras almas; que por esta razón, se distinguen tres clases de *Padre Nuestro*: uno de oro, otro de plata y otro de paja, según que aquel que reza esa oración no piensa sino en Dios, ó admite otro pensamiento ó no reza sino de labios afuera, dejando á su espíritu ocuparse de otras cosas. Lo repito, que las oraciones no sean largas, sino cortas y frecuentes.

A los niños les gusta oír cantar y cantan ellos mismos con gusto, poco les importa que sean canciones comunes ó cánticos; pero para vos la cosa no debe ser indiferente. Debéis enseñarles cánticos en que el son agradable deleitará á sus oídos en tanto que el sentido de las palabras se imprimirá en su corazón. Estos cánticos religiosos serán como un alimento moral que nutrirá y calentará sus almas. Todo hace impresión en el alma de los niños, el bien como el mal dejan sus huellas que se agrandan con la edad. Cuidad de que jamás sean testigos ni cómplices de una acción mala y que vuestras canciones no tengan nada de peligroso para su inocencia, que no sean jamás, por ejemplo, canciones amorosas.

He aquí, para terminar este importante capítulo, una última observación: Debéis

secundar á la madre en la educación de sus hijos; y á este propósito advertirle todo lo que notéis en ellos de vicioso ó de inconveniente en su conducta, para que sepa, tanto como sea posible, lo que se tiene que corregir en ellos.

CAPITULO XIV.

Tened cuidado de vuestra propia alma.

Vuestra alma es de tal naturaleza, que debéis trabajar también en vuestra propia perfección. Dios nos ha criado en una condición tan admirable y nos ha dotado de facultades tan extraordinarias, que podemos nosotros mismos modificar nuestra alma, es decir, perfeccionarla ó degradarla; de esto dependerá un día nuestra salud ó pérdida eterna. Desgraciadamente, á consecuencia del pecado original, somos más inclinados al mal que al bien; además, durante el curso de la vida, tenemos que luchar contra mil tentaciones y evitar muchas acechanzas peligrosas y seductoras; no es sino luchando valerosamente como se pueden practicar las virtudes cristianas en este mundo para merecer la gloria eterna en el otro.

Voy, pues, á daros algunas reglas de conducta para que evitéis los engaños de vuestros enemigos y merezcáis un día la he-

rencia de los hijos de Dios. Reflexionad frecuentemente cuán preciosa es vuestra alma á los ojos de la fe. Tenéis el derecho de llamar á Dios vuestro padre; habéis sido rescatada por la sangre de Jesucristo, que, en la sagrada comunión, baja con tan buena voluntad á vos como á una princesa; vuestro cuerpo ha sido santificado en el bautismo y en la confirmación por el Espíritu Santo, del cual habéis venido á ser en cierto modo el templo vivo. No debéis por consiguiente descuidaros de vosotras mismas. Mientras más celo y solicitud tengáis por vuestro propio adelanto en la senda de la virtud, mejor comprenderéis y apreciaréis los numerosos deberes que tenéis que cumplir para preservar de todo peligro el alma y el cuerpo de los niños que se os han confiado.

Vuestro primer y principal deber, es guardar vuestra inocencia. La vida de una niñera no deja de ofrecer ciertos peligros. Pasearse continuamente con los niños, ¿no es llevar en cierto modo una existencia ociosa? Se mira y se es mirado, y el pensamiento distraído vuela sobre mil objetos diversos. Que una vigilancia continua sobre vos misma os impida que este género de vida sea perjudicial á vuestra alma. Si tenéis la facultad, id de preferencia con los niños á algún jardín mejor que á las plazas públicas.

Huid de los lugares en donde podáis trabar relaciones con personas de otro sexo, por ejemplo, las plazas y paseos en donde los militares toman su recreo.

Si algún joven os quiere hablar, demostrad-

le con vuestro aire modesto y reservado, que no tenéis deseo de trabar conversación con él.

Sé que la vanidad, la ociosidad, inclinan y empujan naturalmente al placer. Aunque éste no acabe siempre en una desgracia irreparable, es siempre una falta delante de Dios y se peca gravemente, si se continúan las relaciones sin la intención ó la perspectiva de un casamiento próximo.

El desprecio general es lo que se gana una joven que se divierte en reír y platicar con el primer venido en las calles y plazas públicas.

Pero supongamos que se os hagan proposiciones sinceras, ¿qué ganaríais? No conozco situación más penosa que la de una joven pobre, cargada de numerosos hijos en temprana edad. ¿Querriais elegir esta suerte?

Debéis sobre todo redoblar la prudencia y las precauciones, si hay hombres en la casa en que servís. Sed seria y breve en las respuestas que hayáis de hacerles, no tengáis conversaciones inútiles con ellos y no aceptéis sus regalos, que frecuentemente no son sino las arras del demonio. Si alguno se olvida de sí hasta el punto de ser incómodo, amenazadle con avisar á vuestra ama y aun advertid á aquella en cuanto vuestra inocencia corra algún peligro. Si esta medida se queda sin efecto, declarad á vuestra ama que, si no os dejan tranquila, abandonaréis su servicio.

La ventaja de un buen sueldo no debe deteneros en una casa en que estaríais expuesta á caer en pecado.

¿No sería esto arriesgarse á perder por un poco de oro, vuestro más rico tesoro, vuestra

11110

virtud y vuestra inocencia? Este propiamente es el caso de aplicar la sentencia del Salvador “¿De qué le servirá al hombre ganar todo el universo, si llega á perder su alma?”

Y si abandonáis, por amor á Dios, una colocación ventajosa, en donde os encontraréis bien, contad con que Él os indemnizará y hará cambiar las cosas á vuestro más grande provecho.

No dejéis de informar á vuestro confesor de las solicitudes de que seáis objeto en la casa donde servís y pedidle consejo. Aunque estéis resuelta á no consentir en el mal, es preciso ser sincera con vuestro padre espiritual y solicitar sus consejos.

Por otra parte, será mejor para vos, si estáis en una casa en que nada os impida el llevar una vida piadosa, quedaros allí y no cambiéis por ganar mejor sueldo.

El cariño que hayáis concebido á los niños y que ellos corresponderán es un motivo suficiente para impedirlos el dejar el puesto.

Una joven que no permanece largo tiempo en ninguna parte, se hace fácilmente sospechosa de no reunir las cualidades necesarias ó de tener algún vicio.

Estáis criada para servir y amar á Dios sobre todas las cosas; la piedad sola os asegurará la felicidad en este mundo y en el otro. Hacedos un estricto deber el jamás faltar á las oraciones de la mañana y de la noche. Dios es vuestro soberano dueño, le debéis servir con más exactitud y amor que á vuestros amos terrestres.

Si las circunstancias en cuanto á la familia

011354

y á la localidad lo permitieran, asistid diariamente á la santa Misa. Las oraciones, que rezáis durante el santo sacrificio del altar, tienen más eficacia, porque el Salvador les añade el precio de sus méritos. Cuando la primera Misa es muy temprano, encontraréis modo de asistir á ella mientras los niños aún duermen. Pero si esto no es posible, podréis al menos, entre día, durante vuestros paseos con los niños, hacer una visita á Nuestro Señor en su templo. Lo mismo que la estrella misteriosa anunció á los magos en dónde se encontraba el Hijo de Dios encarnado bajo la figura de un niño, así la lámpara perpetua del sagrario os anuncia la presencia de Dios bajo la humilde apariencia de la hostia.

Queréis preservar vuestra alma del pecado y conservarle su belleza delante de Dios? frecuentad los sacramentos con las disposiciones debidas.

No hay mejor medio para defenderos de la corrupción, durante el período tan peligroso de la juventud, que el confesaros y comulgar cada mes y aun más seguido, si os es posible. No os detengan para esto ninguna incomodidad, ni las burlas ó las críticas. ¿El Salvador no ha sufrido infinitamente más, para venir á vos en el banquete Eucarístico?

Si vuestros amos os rehusaran el permiso, á pesar de no faltar á ninguno de vuestros deberes, es preciso demostrarles que está en su interés el dejaros acercar frecuentemente á los sacramentos, puesto que esto mismo os hará servirles con más empeño y sumisión.

Guardáos sin embargo de tener la preten-

sión de querer tomar parte en todos los ejercicios de devoción que hay en las parroquias, por temor de que, bajo el pretexto de piedad, abandonéis los quehaceres que están á vuestro cargo. Debéis solamente pedir á vuestros amos os den el tiempo necesario para cumplir vuestros deberes religiosos y frecuentar los sacramentos.

Sois pobre, si no, no estaríais sirviendo. Es para ganar algún dinero, para lo que habéis aceptado la condición de niñera.

Mas podéis ganar algo mucho más precioso que el salario que os dan vuestros amos. Si ofrecéis á Nuestro Señor vuestras penas y vuestro trabajo, los aceptará y os recompensará como si realmente estuviéseis á su servicio. Este ofrecimiento lo podéis hacer de la manera siguiente. En la mañana, al rezar, decid, á ejemplo de la Virgen María: "He aquí la esclava del Señor;" *voy á hacer durante este dia la voluntad de Dios y uno todos mis pensamientos, palabras y acciones á los sentimientos de los sagrados Corazones de Jesús y de Maria, para ofrecerlos á Dios, en homenaje de adoración, de alabanza y de gratitud.* Y durante el día, cuando encontréis algunas penas y dificultades, aceptad valerosamente estas pruebas, para agradar á vuestro Divino Maestro.

Sabéis, por experiencia, se tiene siempre el espíritu ocupado por algún pensamiento, ya sea bueno, ya indiferente, ya malo. Acostumbráos, cuando hagáis algún quehacer que necesita poca atención, á fijar vuestros pensamientos en asuntos religiosos, ó á hacer

mentalmente alguna oración. Mientras más multipliquéis vuestros afectos á Dios y á los Santos, más adelantaréis en el camino de la virtud y de la perfección. Los buenos pensamientos son como las abejas útiles, que tienen miel y cera, y los malos como los zánganos que en lugar de hacer bien, pican y echan á perder los mejores frutos.

En la noche, cuando los niños se hayan acostado, si tenéis tiempo para hacer una pequeña lectura, tomad vuestro libro de oraciones ó algún libro edificante: guardáos de ceder á la curiosidad y de abrir los libros ó periódicos de vuestros amos; podríais encontrar alimento muy funesto para vuestra alma.

Huid con cuidado toda amistad frívola. Cuando notéis que alguna persona os habla de bailes, de relaciones amorosas, ó que se complace en desgarrar la reputación del prójimo, cesad de tener amistad con ella. Elegid con preferencia para amiga, una persona que haya recibido y conserve una educación severamente cristiana.

El honor y la religión os prohíben hablar de vuestros amos y dar á conocer sus defectos sin necesidad. Si alguno os pregunta sobre ese particular, debéis decir el bien que sabéis, y callar el mal que encontráis en ellos. Aunque su conducta para con vos os hubiese obligado á dejar su servicio, guardad silencio sobre la causa de vuestra separación, por temor de pecar murmurando, descubriendo las faltas de vuestro prójimo. Aunque fuera cierto el mal que dijerais de vuestros amos, no por eso dejaríais de descubrir sus defectos y per-

judicar á su reputación, pecado del cual tendríais que confesaros. Además, muchos criados creen ser tratados con mucho rigor y son muy delicados en pequeñeses.

Éstas personas son realmento muy desgraciadas y se hacen la vida pesada á ellas mismas y á los otros. Al contrario, un alma verdaderamente cristiana, se distingue por su paciencia y su resignación en las penas de la vida. Es á todos los hombres y á vos en consecuencia, á quien Jesucristo ha dicho esta sentencia: "Aquel que quiera venir en pos de mí, tome su cruz y sígame."

La dulzura y la paciencia son virtudes que nos hacen amables á Dios y á los hombres.

La PACIENCIA es una virtud tan noble y tan preciosa que es precisamente manifestada por N. S. Jesucristo durante su pasión y su suplicio sobre la Cruz, que ha sido aceptada por el Padre Celestial como rescate del género humano. Debéis también soportar, sin quejarnos, las pequeñas ofensas y la falta de atención de los niños, lo mismo que los defectos que no podáis corregir en ellos. Ofreced todo á N. Señor, que os lo tendrá en cuenta.

Es probable que vos no queráis ó no podáis continuar siempre de niñera. Aprovechad todas las ocasiones que se os presenten de aprender alguna cosa, que os pueda servir, como por ejemplo, guisar, hacer vestidos ó planchar.

Sed económica, no consagréis vuestro dinero á una vana compostura; sed modesta y limpia en vuestro modo de vestir. Mientras más se trata de agradar al mundo por una

una compostura muy elegante ó muy esmerada, más se desagrada á Dios.

En lugar de mal gastar vuestro dinero en ociosidades, haced de cuando en cuando una limosna. Dios os tendrá en cuenta estas buenas obras y os recompensará generosamente.

Pedid á Dios diariamente os dé á conocer el estado en que podréis procurarle más gloria y asegurar vuestra salvación y la del prójimo.

En fin, pensad con frecuencia que todo descansa en las manos de la Providencia, que si lleváis una vida verdaderamente cristiana, podéis contar con la bendición y la protección de Dios.

¿No leemos en la Santa Escritura que “to- do es para bien, de los que aman á Dios?”

Durante el tiempo que séais cuidadora de niños, tomad por modelo á la Santísima Virgen María, la más bella y la más santa de las mujeres. Lleva un niño en sus brazos y es sin embargo la Virgen más pura. Sed, á su ejemplo, en vuestra virginidad, como madre para los niños confiados á vuestra solicitud. Dedicad á estos pequeños seres un cariño verdadero inspirado, no en consideraciones vulgares, sino en el elevado amor de Dios, acordaos de que á El pertenecen.

Una madre virtuosa se sabe dominar, deja toda mala costumbre, pesa sus palabras y sus acciones, se observa en toda su conducta, porque no olvida que sus hijos se fijan en ella y no se perdonaría el darles el menor escándalo. Imitadla para el mayor bien de los niños y para la mayor gloria de Dios.

Conduciéndoos según estos principios, no dejaréis de ser delante del mundo más que una humilde criada, á ejemplo de la Santísima Virgen, cuando estaba en la tierra; pero gozaréis de la complacencia y de la estimación de Dios; porque El es el que os ha escogido para cumplir respecto de los niños llenos de inocencia esta noble misión por la cual os asemejáis á los Santos Angeles Custodios.

FIN.

A. M. D. G.